

LOGICA Y ABSURDO

¡Qué fastidiosa era esa gente! Se quedaba ahí esperando, como si algo extraordinario fuera a ocurrir.

Hasta mí llegaban entrecortadamente, palabras de la multitud amontonada en patios y corredores. Logré distinguir frases incoherentes que se repetían sin fin en todos los idiomas que sé.

En el dormitorio había personas que parecían acechar un momento que no podía tardar. Yo quería verlas y me di vuelta. Sus rostros estaban cubiertos por máscaras blancas y espesas. Algunas estaban de rodillas y rezaban.

De pronto pude ver sus caras. Pertenecían a personas que yo había encontrado por casualidad, o visto una sola vez y que acababa de recordar. Entre ellas reconocí algunas con quienes nunca había hablado. Las había percibido en un tren, una estación, algún barco o a veces simplemente en la calle. Esas imágenes habían venido a mi espíritu sin que yo comprendiera por qué. Ahora estaban ahí y parecían agradecerme. Sonreían apaciblemente, hallando que todo estaba bien así. Ya empezaba a encontrarlas simpáticas. El cansancio bajó un instante mis párpados y desaparecieron, como si sólo hubieran esperado una distracción mía para hacerlo.

Volvieron entonces los rostros enyesados. Me señalaban y movían la cabeza. De vez en cuando, uno de ellos se acercaba al lecho con ademán de persona que conoce su deber, luego volvía a su lugar y hacía comentarios en voz baja. Esos me eran intolerables y tuve una gran alegría cuando comprendí que iba a huir.

Algunas voces dijeron:

-Este es el fin.

Yo encontré eso muy gracioso. ¿Qué sería lo que terminaba? Al contrario, todo, ahora, se sucedía con extraña lucidez.

Mis pensamientos llenaron el cuarto.

Pude ver fluídos que giraban sobre si mismos con rapidez de vértigo. Luego, fueron proyectados en el espacio como bólidos, chocaron unos contra otros y golpearon con violencia la persiana cerrada, gimiendo dolorosamente.

Mientras, mi cuerpo se vaciaba, me parecía estar suspendido en el espacio.

Empujando con mayor fuerza, los fluídos lograron abrir la persiana, escapando luego alegremente después de un instante de duda en el umbral de ~~su~~ libertad. Comprendieron

que los cielos no tienen países ni fronteras y les pertenecen por completo.

Mi cuerpo los necesitaba y, sin gran esfuerzo, pudo seguirlos. Al fin sentía una extraña y maravillosa liberación. Se elevó lentamente, luego recorrió el espacio, viendo los paisajes que siempre había deseado. Los colores llamados formaron mis horizontes, los átomos se apretaban o separaban según mis deseos para formar las sombras y las luces.

El espacio, en esta visión, me penetró con nuevos flujidos.

Mi cabeza tomó contacto con algo muy suave cuya presión aumentó poco a poco hasta hacerme sentir el paroxismo del dolor.

Pero esto había ocurrido tan suavemente que yo casi no había sufrido.

¿Estaba consciente?

¿O bien, lo estoy ahora?

En vano procuraba volver a la vida, que estaba con los otros. Desde ese momento sólo las cosas podrían espiritualizarse; los seres formaban la espesa materia y la humanidad se había convertido en una inmensa roca, compuesta de innumerables piedrecitas. Empecé a ver cosas muy extrañas. Esa infancia que no era la que fue y que sin embargo yo reconocía como mía, pues era la única natural y verdadera. Yo podía según mis deseos volver a tal época o a tal otra, o ver diferentes versiones de lo que hubiera podido ocurrir. Mis familiares me rodeaban y también algunos amigos muy queridos. Había algunas personas que se habían encontrado siempre allí, pero cuya presencia me era imposible explicar. Luego, los personajes de los sueños; éstos eran en suma los mejores amigos. Una vieja tía siempre enferma, reposaba en un inmenso lecho. Parecía comprenderlo todo, encontraba la solución perfecta de mis problemas más difíciles y desaparecía, cuando su presencia hubiera podido ser importuna.

Yo estaba ahí, con esa gente que nunca había visto y que tenía un rol determinado que yo ignoraba. Sin embargo, la conocía perfectamente y sabía llamar a cada uno por su nombre más íntimo.

Una venerable parienta que yo había querido mucho, me esperaba en la pieza donde solíamos comer y que reconocí al instante. A pesar de la obscuridad encontré fácilmente el sillón que me había destinado. Yo la miraba sin comprender. ¿Cómo podía ella estar allí, puesto que yo también estaba? Vi en su frente pálida las dos pequeñas arrugas que me habían extrañado la última vez que nos vimos. Pedí explicaciones. ¿Tal vez ella no había muerto? ¿Por eso estaba ahí, cerca de mí?

-No -me respondió-. Eres tú que vienes hacia mí.

↑ puede
Tuve miedo y buscando una certidumbre avancé lentamente la mano para tocar esa frente entre los dos ojos. Mis dedos rozaron algo duro e inconsistente a la vez. Sentí una sacudida violenta.

Todo desapareció.

Sólo entonces comprendí que había dejado el mundo en donde se ~~puede~~ impunemente tocar los seres y las cosas. Vivía en la frontera movediza y caprichosa que separa la locura de la imaginación.

Empecé a vagar por las inmensas salas desiertas de esa casa en la cual, a cada paso, la fantasía se incorporaba a la realidad.

Entonces apareció ante mí aquel que yo había llamado el mejor de los amigos y mi mejor amigo. Se aproximaba con evidente satisfacción y yo llegaba a él en el mismo estado de espíritu.

Caminamos lentamente, silenciosos. Yo no me atrevía a interrogarlo. Sin embargo, hubiera querido saber muchas cosas, pero me parecía que eso no debía ser y que el silencio era cosa necesaria al momento y lugar. La amistad, cuando realmente merece ese nombre, pierde el derecho de imponer problemas y tiene el deber de buscar soluciones.

Llegamos al fin de la gran galería, y nos detuvimos ante una enorme ventana dividida en cinco partes iguales. Sobre los cristales de la derecha, se sucedían las escenas enviadas por la luz de las estrellas, que no tardaban en llegar, pues la ventana estaba situada en el mejor lugar para recibir las. Comenzamos en el año 2.000, último año de mi vida. Luego, vinieron años precedentes. Hacía algún tiempo, yo había hecho un viaje alrededor del mundo en el Ralew, que era decididamente el más práctico de los medios de transporte.

Me ví llegando a Francia, justamente el día del entierro del Rey, asesinado por un individuo fugado de prisión, que era partidario de las ideas de un hombre que había mantenido una guerra mundial durante casi diez años. Luego, había recorrido todos los países de Europa. Era evidente que el mundo entero vivía una época de prosperidad. En Londres, había visitado el "Instituto de la Asociación del Saber Humano". También me había detenido en Berlín, pues quería visitar a mi viejo amigo, el doctor Niedner, que había descubierto un curioso elemento químico, el Thalium, que permitía regularizar las pulsaciones humanas desde el nacimiento, prolongando así considerablemente la vida. También había visitado al doctor Levy, cuya teoría sobre la aplicación de la biología a las artes había tenido tan numerosas y fervientes adeptos.

Pensaba ver la continuación de mi viaje y acontecimientos anteriores, cuando mi silencioso compañero posó afectuosamente la mano sobre mi hombro un largo rato y, luego, desapareció.

Reanudé entonces mi paseo, procurando comprender lo que debería ocurrir, pues evidentemente algo ocurriría.

Así llegué ante un inmenso jardín que rodeaba una larga galería en forma de claustro. Ahí, caminaban solos o en pequeños grupos, hombres cuyo sabio aspecto imponía de tal manera que sólo pude acercarme con gran timidez y después de mucho dudarlo. Pero ellos no parecían advertir mi presencia y a decir verdad ni siquiera verla. Entonces tuve la impresión de no estar aún enteramente entre ellos. Aproximándome más tuve una extraña sorpresa. Esos hombres que parecían mantener largas conversaciones, no movían los labios. Se comunicaban por la sola fuerza del pensamiento.

Continué mi paseo durante largo rato. De pronto, comprendí que mis pasos seguían un trayecto fijado inevitablemente y en el que mi voluntad no intervenía. Mi curiosidad iba en aumento. Todo esto era sorprendente y sin embargo, exactamente como yo sabía que debía ser. Percibía las cosas como a través de esos sueños muy lúcidos que preceden al despertar y que son tan reales que, por comparación, la vida misma parece sueño.

En la época confusa, me invadía un momento de angustia dos veces al día. Al despertar, cuando se desvanecen lentamente los fulgores de la falsa verdad y a la noche, en el momento de la meditación última, cuando el día que ha terminado y el día que va a comenzar se encuentran aún en la misma balanza, se concertan un instante en la pendiente de la vida y entreven los infinitos caminos que la rodean. Procuraba entonces apresar al monstruo de la locura y me hacía mil preguntas, sin encontrar respuestas. Sin embargo, ya era una certidumbre saber que las preguntas existían. De lo contrario, la nada, el caos absoluto, se apoderaría de nosotros. Girando alrededor de un círculo sin salida, rodeado por el precipicio de la muerte, concebía entonces yo la vida humana. Y girando, girando, sin que lo advirtiera su voluntad, cayéndose, levantándose, cayendo nuevamente, se aproximaba paso a paso al abismo. A veces me complacía imaginar al ser monstruoso que debía reír al ver nuestros desesperados esfuerzos por llegar a nuestro resultado, mientras lo seguíamos docilmente por la ruta del destino.

Ahora, comprendía que todo esto era mucho más simple de lo que yo había pensado entonces. Hubiera querido ver todos esos acontecimientos con mi pensamiento de esa hora exacta. Era imposible. Al comprender que el momento de

saber aún no había llegado, sentí una inmensa pena.

¿Por qué me había dejado el mejor de los amigos, sin explicarme lo que debía ocurrir?

¿Por qué me era imposible comprender las conversaciones de los sabios?

¿Por qué me encontraba yo ahí, con los otros, siendo mi estado diferente?

Me ví a mí mismo, deslizándome entre cielo y tierra. El horizonte cambiaba continuamente espléndidos matices.

Debía realizar enormes esfuerzos para elevarme. Sin embargo, podía atravesar techos y paredes. Levantaba los largos brazos, luego, los bajaba lentamente, haciendo una fuerte presión sobre la atmósfera.

Al fin logré elevarme. Nadie podría alcanzarme ya.

¿Cuánto tiempo habría transcurrido desde mi llegada a ese mundo que comenzaba y terminaba? El tiempo no tenía ya sentido. Yo seguía observando todo lo que me rodeaba. Me sentía algo menos alejado del misterio. Podía comprender algunas palabras de las conversaciones mudas y hasta reconocer personas. Me era difícil retener una exclamación de sorpresa y de alegría cuando rozaba algún personaje célebre que había admirado en la vida confusa. Mi presencia era totalmente inadvertida. (Por más que estrechara las manos de los seres admirados, no era visto, escuchado ni sentido.)

A pesar de ello comenzaba a habituarme a esta invisibilidad y hasta la encontraba agradable.

Mientras caminaba, me puse a pensar en los conceptos extraños que yo tenía en la vida confusa sobre lo falso y lo verdadero. ¿La verdad de cada cosa no era acaso precisamente alcanzar su máxima perfección?

Así la verdad de las enfermedades se encontraba en su perfecta podredumbre. La verdad del cáncer en su mayor descomposición. El perro más vermiforme, representaba mejor su verdad que aquel que lo era menos. Una mujer muy bella y una mujer muy fea podían afirmar su perfección, con igual derecho. Todo esto era muy simple.

El séptimo día, ví nuevamente al mejor de los amigos. Se aproximaba con tristeza. Posó la mano sobre mi hombro, largo rato. No tuve valor para interrogarlo. Hablaba con mucha seguridad y parecía a cada instante más fuerte, mientras yo me sentía más débil. Decía cosas que me parecían incongruentes.

Al fin desapareció, sin haber dicho una palabra que pudiera aclarar el misterio.

Todo mi ser se sintió invadido por un intolerable sufrimiento que parecía venir de una inexplicable profundidad interior. Por primera vez, tuve miedo. Me parecía entrar en

algo que no estaba previsto. Ya no estaba en mí mismo y asistía asombrado, a la dispersión de mi propio ser a través del espacio. Me disgregaba en millares, en infinidades de partículas invisibles, que tomaban vida con fuerza violenta, se dispersaban en el infinito y no se reunían.

Hubiera querido sentir el calor del sol, ver colores verdes en sus tonalidades más absurdas y oír aquel pequeño vals de Brahms.

No, estoy divagando. No quería ni deseaba nada. Ni siquiera pensar. Además, aunque lo hubiera querido, no hubiera podido hacerlo. Mi cabeza se hundía más y más. Sentía pesadas ráfagas invadirme. Mis párpados aumentaban su presión sobre mis ojos. Oía el lúgubre teclear de fuertes, muy fuertes gotas de lluvia cayendo sobre un techo de zinc.

¡Ah, esa lluvia! Pronto, a pesar de mí, ya no te oiré más. En vano procuro resistir con la fuerza de toda mi voluntad y abrir los ojos. Pequeñas burbujas que aumentan y luego estallan se acercan a mis extremidades, a las puntas de los dedos de mis pies y de mis manos. Luego, se elevan más y más. Al fin, se reúnen todas en el centro del cerebro. Y éste pesa, se hunde, ya no dirige mis pensamientos. Son mis pensamientos los que lo envuelven, lo hieren, lo enloquecen.

Termina por zozobrar...

Y entonces llueve -y yo soy la lluvia.

Y estoy en la tierra -y yo soy la tierra.

Estoy bajo el mar -ése es mi reino.

Estoy en el espacio -ésa es mi libertad.

Soy la hierba, soy cada ínfima parte de la más ínfima parte del universo.

Y estoy en Todo y ya no estoy en Nada.

Mis minúsculas fuerzas vitales empezaron entonces a introducirse en varios seres de la vida confusa. Pero en la mezcla se diluían, se perdían. En vano procuraban retener algo. Ya me era difícil asistir a mi propia dispersión.

Lamentaba la vida confusa y la época exacta -y el mejor de los amigos. Y ya no sabía en dónde se encontraba la Verdad.

Este estado de dispersión de mis moléculas vivientes a través del espacio me llevaba a mi estado natural. Eso debía ser probablemente lo que en la vida confusa se llama la muerte. La vida era sólo una enfermedad de la muerte. Ni siquiera, una enfermedad grave. La vida no tenía más importancia con relación a la muerte que una jaqueca o un resfrío con relación a la vida. Era un estado imprescindible, uno de esos pequeños males inevitables, como el sarampión o la tos ferina en los niños. Era necesario llegar a nuestro

estado natural con el máximo posible de fuerzas.

No es fácil vivir la muerte.

No es fácil asimilar una ínfima parte de lo que fue la existencia, a las serenas profundidades de los mares, a los cielos mudos e inextricables, al fuego y al hielo, a la mujer decrepita, al hombre en la fuerza de la edad, a las plantas, a los animales, a todo lo que vive intensamente y a las cosas inanimadas, a la materia y al espíritu.

El calor y la vida de cada cuerpo, materia o espíritu que en mí se mezclan empezaron poco a poco a darme sus propias fuerzas a tal punto que puedo ahora participar en la de ellos como si fuera mía.

Jamás he creído en aparecidos, fantasmas y otras historias de esa índole. No soy fiel a principios ni a ideas, ni siquiera sé si existo. Todo esto puedo verlo y mucho más en el espejo de los otros que me vieron.

He sido ladrón, asesino, mendigo y emperador. Pero ya nadie recuerda esas cosas. Ahora me dedico al cuidado de las flores desconocidas que hay en mi huerto. Esto, nadie lo sabe. A veces buscan mi nombre en gruesos diccionarios. Los niños aprenden en las escuelas de qué manera he capturado miles de prisioneros, de qué manera mis inventos han revolucionado el universo. Todo esto ya no importa. Nadie y nada podrá probar la existencia real del hombre. Aquí he planeado ese experimento y pienso realizarlo algún día. No importa que los sueños sean lo que yo mande. Sucesivamente soy y seré diferentes personas y cosas. Para eso, estoy ahora aquí.

Comprendo que sus problemas son ridículamente simples aún cuando ellos los encuentren absurdamente complicados.

La vida confusa es tan inconfortable con todas esas cosas que hay que pagar y ~~se~~ alquilar o que se querrían alquilar o pagar, o que no se alquilan y no se pagan.

Penetro en la historia que oculta la historia. Aquella que todo ser humano lleva en sí mismo, inconscientemente e independientemente de su propia voluntad. Todo esto es absurdo y al mismo tiempo tan lógico. Todos creen que los demás no se le parecen y eso justamente prueba su parecido con los demás. Muchos hubieran querido despojarse, aunque fuera por un momento, de ese ser traído al llegar al mundo, que está en ellos sin ser ellos. Sin embargo, todos procuran seguir lo más correctamente posible ese personaje que los guía con precisión matemática.

Hombres pasan la vida estudiando, aprendiendo. En algún momento de su pequeña vida creen haber acertado algún propósito, logrado algún objeto. En realidad, la existencia humana está mejor organizada de lo que ellos creen. Es cómico verlos cuando piensan que ellos han tomado alguna decisión.

Su ignorancia es tan grande que ni siquiera saben lo que deben hacer para que vuelva algún amigo que haya alcanzado el estado natural y les haga una exacta narración de lo que aquí ocurre. Sin embargo, eso hubiera sido tan fácil, ¿no es cierto? El primer contacto con la muerte no es más para nuestra sensibilidad humana que el primer contacto con la vida para el recién nacido. Pero realmente no saben nada, nada, menos que nada.

Cuidan esa pequeña enfermedad sin importancia que es la vida como si realmente fuera algo de importancia capital. Ah! realmente esto es como para reírse hasta las lágrimas. Y esos problemas infinitos que se proponen cotidianamente! Hasta entre dos personas, siempre hay una que no logra comprender lo que el otro comprende, y que ha comprendido que el otro comprende que él creía haber comprendido. Ah! no hay duda que esto es muy gracioso.

Lo que más me divierte es estudiar los deseos latentes, independientes de su voluntad, que cada ser lleva consigo. No existe hombre honrado que no haya pensado alguna vez ^{en} robar, tal vez en matar. Los más nobles espíritus tienen los más bajos pensamientos, con horribles conspiraciones, contra los deberes que ellos mismos se han impuesto, con sus máquinas de escribir, que son las primeras adaptadoras de los primeros fulgores de los crímenes. Pues sólo el conocimiento del bien puede crear el mal. Esto es realmente tonto y divertido. Los sentimientos contradictorios son los que tienen mayores similitudes. Se aproximan, se buscan. Y hay buenos motivos para ello.

El ser más noble desea mal al ser que más adora, en cierto grado de su subconsciencia, aunque de modo inconfesable e ignorado por su voluntad. Esto es inevitable. Aunque de muy buena fe la persona interrogada lo negaría y se mostraría justamente indignada. Pero todo esto es claro, tan claro.

En este momento siento una inmensa pena. Comprendo que los sufrimientos más grandes no resisten a la acción del tiempo. Sin embargo, noto con cierta tristeza, que vosotros a quienes tanto he amado en la vida confusa, estáis lejos, muy lejos ya en mi pensamiento, cuando sé que la forma de mis antiguos gestos flota aún en la atmósfera alrededor de vosotros. Debo confesaros que todas las formas de mi pensamiento están continuamente ocupadas y si a veces os recuerdo es incidentalmente.

Si pudierais saber, si yo pudiera deciros...

Pero no, no puedo. Nuestras comunicaciones con los con fusos están aquí muy severamente censuradas. Es evidente que no podrían aprovechar nuestras indicaciones. Todas mis explicaciones resultarían perfectamente inútiles y hasta podrían perjudicaros.

Justamente hablamos de ello en el Jardín del Pensamiento. (Ahora he aprendido a comunicarme con los otros por la sola fuerza del pensamiento.) Propuse a algunos de mis amigos, ba jar a ver a los confusos. Tomando la forma de un doctor, dar les y hacerles tomar eso tan simple que puede conferir a los hombres el conocimiento del porvenir. Es realmente inadmisibile que no hayan aún comprendido que es tan simple verse en el futuro como en el pasado. No hablo del presente, porque en realidad no existe. ¿Acaso no se convierte en pasado en el momento mismo en que lo percibimos?

Me aconsejaron que olvidara ese proyecto. Parece que no estáis aún maduros para saber y que sin duda no lo estaréis jamás. También me aseguraron que cada uno de vosotros querrá realizar esta empresa, lo que ya quisieron todos los que aquí se encuentran. (Por lo visto, mi idea es poco original.) Pero ya entenderéis lo que yo he entendido: "Todo está bien así".

Además, me encuentro realmente bien en este jardín, tan bien, que no tengo el menor deseo de dejarlo, ni siquiera por un momento.

Ema Risso Platero

(Del libro:
Disputas del Insomnio)